LA CHINCHE

VLADIMIR MAIACOVSKI

Libros Tauro

Comedia de magia en nueve cuadros

Personajes

Prisipkin - Pierre Scripkin -, ex obrero, ex hombre del partido,
actualmente novio

Zoia Berióskina, obrera

Los Renaissance : Elzevira Davidovna, la novia, manicura y cajera
de la peluquería

David Osípovich, padre y peluquero

Rosalía Pávlovna, madre y peluquera

Oleg Baián, talento natural, de la clase de los dueños de casa

Profesor

Director del Jardín Zoológico

Jefe de bomberos

Bomberos

Testigo de la boda

Reportero

Trabajadores del Auditorio

Presidente del Consejo Municipal

Orador

Estudiantes universitarios

Organizador de la solemnidad

Presidium del Consejo Municipal. Cazadores. Niños. Ancianos

Cuadro I

Al centro, la enorme puerta giratoria de una gran tienda; a los costados, escaparates que ostentan su mercadería tras los cristales. Los que entran con las manos vacías vuelven a salir cargados de paquetes. Por toda la escena pululan los mercachifles.

Vendedor de Botones: ¡Por un botón no vale la pena casarse, por un botón no vale la pena divorciarse! Basta con apretarlos entre el pulgar y el índice, y los pantalones de los ciudadanos no volverán a caerse.

Holandeses
y mecánicos,
se cosen por sí solos,
seis valen veinte copeks...
¡Tengan a bien, mosiús!

Vendedor de Muñecas:

Muñecas del ballet
que bailan en un pie.
Son el mejor juguete
para este vecindario,
¡y bailan con permiso
del propio Comisario!

Vendedora de Manzanas:

¡Ananás!

No hay...

¡Bananas!

Tampoco...

Manzanas carasucia, cuatro a quince copeks.

¿Sus órdenes, ciudadana?

Vendedor de piedras de afilar:

Alemana

y eterna,

la piedra de afilar.

Treinta copeks

les cuesta

y la pueden llevar

Afila

en toda

dirección

y gusto:

¡navajas,

cuchillos

lenguas para un discurso!

¡Pedidlas, ciudadanos!

Vendedor de Pantallas:

Pantallas

de todo

tamaño y parecer.

celestes para el confort,

rojas para el placer.

¡Vivid mejor, camaradas!

Vendedor de Globos:

Globos como salchichas

que vuelan muchas millas

Con uno

el General Nobile

solo,

habría llegado más allá del polo.

Comprad, ciudadanos...

Vendedor de Arenques:

¡Aquí, los mejores,

republicanos,

arenques

insustituibles

con vodka y panqueques!

Mercera:

Sostenes forrados de piel

¡sostenes forrados de piel!
Vendedor de Engrudo:
Aquí,
 en el extranjero,
 en todas parte tiran
los buenos ciudadanos su rota vajilla.
Notable
 es Excelsior
 el gran pégalotodo:
compone
 una Venus
 y también la bacinilla.

¿Le conviene, señora?

Vendedora de Perfumes:

¡Perfumes de Coty
 y en frasco chico!
¡Perfumes de Coty
 vean qué rico!

Vendedor de Libros: Qué hace la mujer cuando el marido no está en casa, 105 anécdotas divertidas del ex conde León Nicolaevich Tolstoi, en lugar de rubio y veinte... hoy vale quince copeks.

Mercera:

¡Sostenes forrados de piel,
sostenes forrados de piel!

Entran Prispikin, Rosalía Pávlovna, Baián.

Prispikin (en éxtasis): ¡Qué cofias aristocráticas!

Rosalía Pávlovna: De qué cofias habla, lo que son...

Prispikin: ¿No tengo yo ojos, acaso? Pero, supongamos que nos nazcan mellizas... Pues, ésta para Dorothy y ésta para Lilian... porque ya he resuelto darles estos nombres aristocrático -cinematográficos... y con ellas se pasearán juntas. ¡Vaya! En mi casa tiene que haber de todo en abundancia. ¡Cómprelas, Rosalía Pávlovna!

Baián (disimulando la risa): ¡Cómprelas, cómprelas, Rosalía Pávlovna! ¿Acaso llevan la vulgaridad en la cabeza? Ellos son la clase joven, y todo lo entienden a su manera. Les traen a casa su antigua e impecable procedencia proletaria, junto con su tarjeta sindical, ¡y ustedes se lamentan por unos rubios más o menos! En la casa de estos jóvenes tiene que haber de todo en abundancia. (Dando un suspiro, Rosalía Pávlovna hace la compra). Las llevaré yo, son livianitas, no se tomen la molestia... por el mismo dinero.

Vendedor de Juguetes:

Muñecas del ballet
que bailan en un pie...

Prisipkin: ¡Mis futuros hijos deberán educarse en una atmósfera elegante! ¡Ea! Cómprelos, Rosalía Pávlovna.

Rosalía Pávlovna: Camarada Prisipkin...

Prisipkin: No me llame camarada, ciudadana, usted no se emparentó todavía con el proletariado.

Rosalía Pávlovna: Futuro camarada, ciudadano Prisipkin, por este mismo dinero quince individuos podrían afeitarse las barbas, sin hablar de otras minucias... bigotes y demás. Mejor vendría para la boda una docena de botellas de cerveza. ¿Eh?

Prisipkin (con severidad): ¡Rosalía Pávlovna! En mi casa...

Baián: En su casa tiene que haber de todo a manos llenas. En ella las danzas y la cerveza tienen que brotar de una fuente, como del cuerno de la abundancia. (Rosalía Pávlovna hace la compra. Baián se apodera de los paquetes). Haga el bien de no molestarse, por el mismo dinero.

Vendedor de Botones:

¡Por un botón no vale la pena casarse!

¡Por un botón no vale la pena divorciarse!

Prisipkin: En nuestra roja familia no tiene que haber ningún hábito burgués ni percances de pantalones. ¡Eh! ¡Cómprelos, Rosalía Pávlovna!

Baián: Mientras no cuente con la tarjeta sindical, no vaya a irritarlo, Rosalía Pávlovna. Él es... la clase vencedora, y barre con todo lo que

encuentra a su paso, como un torrente de lava; hasta en los pantalones del camarada Prispikin tiene que haber de todo en abundancia. (Rosalía Pávlovna compra con un suspiro). Permítame, yo los llevaré, por el mismo...

Vendedor de Arenques:

¡Los mejores arenques republicanos!

¡Con cualquier vodka,

nadie les gana!

Rosalía Pávlovna (apartando a todos, en voz alta e iluminándose):
¡Arenques... esto... sí! Ésta es una cosa que tendrán para la boda. ¡Eso sí que compraré! ¡Vayan adelante, mosiús! ¿Cuánto vale esa anchoa?

Vendedor: Carne de salmón, dirá. Dos sesenta el kilo.

Rosalía Pávlovna: ¿Dos sesenta por esta anchoa que se ha ido en vicio?

Vendedor: ¿Cómo, señora? ¡Nada más que dos sesenta por este candidato a esturión!

Rosalía Pávlovna: ¿Dos sesenta por esa ballena de corsé en escabeche? ¿Escuchó esto, camarada Spripkin? ¡Razón tenían ustedes cuando mataron al zar y sacaron a escape al señor Rabuchinski! ¡Ay, estos bandidos! ¡Reivindicaré mis derechos ciudadanos y mis arenques en la cooperativa soviética del Estado!

Baián: Esperemos aquí, camarada Scripkin. ¿Para qué se va a mezclar con esa pequeña burguesía, todo para comprar unos arenques por vía de regateos? Por sus quince rubios y una botella yo les organizaré una pequeña boda al pelo.

Prispikin: Camarada Baián, me disgustan estos hábitos burgueses... con canarios y demás... Yo soy hombre de problemas fundamentales... A mí... lo que me interesa es un ropero con espejo... (Mientras conversan, Zoia Beriósquina casi tropieza con ellos; se aparta sorprendida y los escucha).

Baián: Cuando su cortejo nupcial...

Prispikin: ¿Qué charlas son éstas? ¿Qué cortejo... ?

Baián: Cortejo, digo. Camarada Scripkin, así se llama en las elegantes lenguas extranjeras toda procesión, y especialmente la de una boda.

Prisipkin: ¡Ah! ¡Ya, ya ya!

Baián: Pues bien, decía que cuando el cortejo se aproxime, les cantaré un epitalamio de Himeneo.

Prisipkin: ¿De qué está hablando? ¿Cuáles son esos Himalayas?

Baián: Nada de Himalaya. Hablo de un epitalamio del dios Himeneo. Éste era el dios del amor entre los griegos, pero no entre estos amarillos y salvajes oportunistas de hoy, entre estos Venizelos, sino entre los antiguos, los republicanos.

Prisipkin: Camarada Baián, ¡exijo por mi dinero que se me dé una boda roja, nada de dioses! ¿Comprendió?

Baián: Qué cree, camarada Scripkin, no solamente comprendí. ¡Por fuerza, siguiendo a Plejanov, de la fantasía permitida a los marxistas, veo como a través de un prisma su clasista, exaltada, elegante y embriagadora solemnidad!... La novia abandona su carruaje -novia roja... toda roja, claro, con el sofocón que se dió-; la lleva de la mano su rojo padrino, el contador Erícalov, precisamente un hombre obeso, rojo, apoplético... y a usted también lo acompañan testigos de rojo, y toda la mesa se adorna con rojo jamón y con botellas de cabecitas rojas.

Prisipkin (halagado e interesado): ¡Vaya! ¡Vaya!

Baián: Rojos invitados clamorean "¡Amargo, amargo!", y he aquí que la roja novia (ya esposa) le tiende, rojos, rojos, sus labios...

Zoia Beriósquina (desconcertada, tira a los dos de la manga. Ambos te retiran la mano y con un papirotazo se limpian el polvo): ¡Vania! ¿De qué habla éste? ¿Qué parlotea este calamar con corbata? ¿De qué boda? ¿Quién es el que se casa?

Baián: Del rojo contrato matrimonial y de trabajo de Elzevira Davidovna Renaissance y de...

Prisipkin:

Yo, Zoia Vania, amor siento por otra,
más esbelta y de más gentil peinado,

y de su pecho moldea las formas
tenso corpiño más refinado.

Zoia: ¡Vania! ¿Y yo? ¿Qué significa esto: en cada puerto un amor?

Prisipkin (extiende una mano para apartarla):

Nos separamos, como en el mar
las naves...

Rosalía Pávlovna (sale impetuosamente de la gran tienda, llevando los arenques sobre la cabeza): ¡Ballenas! ¡Delfines! (Al pescadero). Y bien, ¡muestra ahora! ¡Compara ahora tus caracoles! (Compara; los arenques del mercader son más grandes; junta las manos con asombro). ¡Toda la cola más larga! ¿Para qué luchamos, eh, ciudadano Scripkin? ¿Para esto matamos al soberano emperador e hicimos escapar al señor Rabuchinski, eh? A la tumba me llevará este poder soviético de ustedes... ¡La cola, toda una cola más largos!

Baián: Respetable Rosalía Pávlovna, compárelos por la otra punta... entonces sólo son mayores por una cabeza, y para qué le sirve la cabeza... , es incomedible, no hay más que cortarla y tirarla.

Rosalía Pávlovna: ¿Oyeron lo que dijo? ¡Cortarle la cabeza! Que le corten a usted la cabeza, ciudadano Baián, a nadie rebaja y nada cuesta, pero cortársela al pescado cuesta diez copeks por cada kilo. ¡Vamos! ¡A casa! A mí me hace mucha falta en casa la tarjeta sindical, pero una hija en una empresa que da ganancias... tampoco es cosa de todos los días.

Zoia: Queríamos vivir, queríamos trabajar... Es decir, todo...

Prisipkin: ¡Ciudadana! Nuestro amor está liquidado. No se oponga al libre sentimiento ciudadano, o llamo a la policía. (Zoia, rompiendo a llorar, lo retiene por una manga. Prisipkin se libera de un tirón. Rosalía Pávlovna se interpone entre él y Zoia, y deja caer sus paquetes).

Rosalía Pávlovna: ¿Qué busca esta andrajosa? ¿Por qué se agarra así de mi yerno?

Zoia: ¡Él es mío!

Rosalía Pávlovna: ¡Ah! ¡Tal vez ésta espera un chico! Le pasaré una pensión, pero antes le romperé los morros.

Agente de Policía: ¡Ciudadanos, pongan fin a esta escena indecente!

Cuadro II

Casa común de la juventud. Un Inventor resopla y dibuja. Un Mozo recostado con desgano: en el borde de la cama, una Muchacha. Un anteojudo con la cabeza metida en un libro. Cuando se abren las puertas del fondo, se ve un corredor con puertas y lámparas.

Mozo descalzo: (a gritos) ¿Dónde están mis botas? ¿Otra vez me birlaron las botas? ¿Qué pretenden? ¿Que la deje de noche en el depósito para equipajes de mano y de pie de la Estación de Kursk, o qué?

Encargado de la limpieza: Pues fue Prisipkin quien se marchó con esas botas, a la cita con su camella. Mientras se las ponía... echaba pestes. Es la última vez, dijo; esta noche, dice, apareceré con un aspecto renovado, más en consonancia con mi nueva posición social.

Descalzo: ¡Porquería!

Joven obrero (mientras pone sus cosas en orden): Después de él, la misma basura se sintió noble y delicada. ¿Qué era antes? Una botella de cerveza vacía y una cola de gobio, en cambio ahora todos son frasquitos de Tégee y cintajos de colores.

Muchacha: Déjense de patalear; porque el mozo se compró una corbata lo insultan como a Macdonald.

Descalzo: ¡Eso es, un Macdonald! No se trata de la corbata; lo triste es que la corbata no está atada a él, sino él a la corbata. Ya no piensa más... por temor a mover la cabeza.

Encargado de la limpieza: Tapó los agujeros con betún: rápido, rápido, apenas vio un agujero en el calcetín, se apresuró a embadurnarse el pie con un lápiz de tinta.

Descalzo: Ya estaba bastante negro sin lápiz.

Inventor: Puede ser, pero no lo bastante negro en ese lugar. Mejor sería que cambiase de pie los calcetines.

Encargado de la limpieza: Lo encontró de golpe... no por nada es un inventor. Saca patente. No vaya a ser que te sople la idea. (Pasa un

trapo con fuerza por la mesa, voltea una cajita... y se desparraman en abanico unas tarjetas. Se agacha a recogerlas, las lleva a la luz y estalla en carcajadas: apenas puede llamar a los demás haciendo un signo con la mano).

Todos (leen y repiten): ¡Pierre Scripkin, Pierre Scripkin!

Inventor: Es un hombre que él mismo se inventó.

Prisipkin. Vaya, ¿qué es esto de Prisipkin? ¿Para qué Prisipkin? ¿Adónde va Prisipkin? ¿A quién le importa Prisipkin? En cambio, Pierre Scripkin... ¡Esto ya no es un apellido, es toda una novela!

Muchacha (soñadora): Tiene razón: Pierre Scripkin... algo muy notable y elegante. Búrlense ustedes si quieren, pero él provocará, tal vez, en esa casa una revolución cultural.

Descalzo: Por lo menos ya superó a Pushkin por toda la trompa. Le cuelgan unas patillas como a un perro la cola, y ni siquiera las lava... por temor de despeinarlas.

Muchacha: También en Harry Piel se encuentra esta misma cultura, difundida en una y otra mejilla.

Inventor: Ese es su maestro en cuestiones capilares.

Mozo: Lo único que no es descabellado en semejante maestro: nada de cabeza, pero rizos, todo lo que se quiera. ¿Será la humedad lo que los encrespa de ese modo?

Muchacho del libro: Noooo... Él es... escritor. Qué escribió, no sé; ¡pero sé que es famoso! En el "Diario de la tardecita" se ocuparon tres veces de él: publicó como suyos, según dijeron, unos versos de Apujtín, y él entonces, ofendido, publicó una refutación. Imbéciles, dijo, todo eso es mentira... Esto lo plagíé de Nadson. Cuál de ellos tiene razón, no lo sé. Pero, en cuanto a imprimir, ya no lo imprimen, aunque él es hoy igualmente famoso... y enseña a la juventud. A uno a hacer versos, al otro a cantar, a otro a bailar, y a alguno para... sacarle el dinero.

Mozo con escoba: Pues no es propio de un obrero embetunarse los callos. (Un cerrajero, cubierto de grasa, entra en mitad de la frase, se lava las manos y se vuelve hacia los que hablan).

Cerrajero: Con los obreros no hay en él punto de contacto: hoy pidió que le arreglaran la cuenta, se casa con una muchacha hija de peluqueros... Ella es la cajera, y también la manicura. Desde hoy le cortará las pezuñas Mademoiselle Elzevira Renaissance.

Inventor: Elzeviro... es un tipo de imprenta.

Cerrajero: En cuanto a los tipos, no sé, pero que tiene "cuerpo"... de eso estoy seguro. Hasta le mostró la fotografía al contador, para que apresurara las cuentas.

Qué maravilla, qué bella roba...

Pues cada pecho pesa una arroba.

Descalzo: ¡Supo arreglárselas!

Muchacha: ¡Ajá! ¿Ya empiezan a tenerle envidia?

Descalzo: Yo también, en cuanto llegue a técnico y me ponga botas todos los días, sabré olfatear un departamentito mejor.

Cerrajero: Pues fíjate en lo que te aconsejo: cómprate unas cortinitas. Abres las cortinas... miras hacia la calle. Cierras las cortinas... ya está la ganancia en casa, únicamente trabajar solo es aburrido, pero, para comerse una gallina, cuanto más solo, mejor. ¿No te parece correcto? Desde las trincheras, los tales corrieron para sacar provecho, lástima que nosotros disparáramos sobre ellos. Y ahora... ¡vuela!

Descalzo: Me iré o no me iré. Pero tú, ¿por qué te das estos aires de Karl Liebknecht? Apenas te llaman desde una ventana con florecillas, cuando echas a correr... ¡El héroe!

Cerrajero: No huiré a ninguna parte. ¿Te crees que me gustan estos harapos y este mal olor? No. Como ves, somos muchos, No encontrarás para todos nosotros muchachas de la nueva política económica. Construyamos casas y mudémonos a la vez... Todos de una vez. Pero no saldremos de este agujero de trincheras con bandera blanca.

Descalzo: Ya hubo muchas... trincheras. Ya no estamos en el año diecinueve. La gente tiene ganas de vivir para sí misma.

Cerrajero: Pero, cómo... ¿nada de trincheras?

Descalzo: ¡Mientes!

Cerrajero: Con todos los piojos que quieras.

Descalzo: ¡Mientes!

Cerrajero: Sólo que ahora tiran con pólvora silenciosa.

Descalza: ¡Mientes!

Cerrajero: Ya ves cómo dispararon ahora sobre Prisiipkin con tina mirada de dos caños. (Entra Prisiipkin con zapatos relucientes, en la mano extendida lleva, colgantes de un cordoncito, los zapatones desgastados. Los arroja al descalzo. Baián, con paquetes. Se interpone entre Scripkin y el Cerrajero, que finge unos pasos de baile).

Baián: Camarada Scripkin, no preste atención a estas danzas groseras; sólo servirían para echar a perder la sutileza de su buen gusto naciente. (Los jóvenes del albergue dan vuelta la cara).

Cerrajero: Deja de hacerle zalemas. Terminarás por fracturarte la nuez.

Baián: Qué bien lo comprendo, camarada Scripkin: es difícil, imposible, para su alma delicada el vivir en tan grosera sociedad. Por una hora todavía mantenga intacta su paciencia. El paso de mayor responsabilidad en la vida... es el primer fox-trot después de la ceremonia nupcial. Tiene que dejar una impresión para toda la vida. Y bien, saque a bailar a una dama imaginaria. ¿Por qué taconeas como en el desfile del primero de mayo?

Prisiipkin: Camarada Baián, antes me sacaré los zapatos: en primer lugar, me aprietan; en segundo, no quiero desgastarlos.

Baián: ¡Bien, bien! Así, así, un paso leve, como si fuera en una noche de luna, llena de ensueños y de melancolía, al volver de la cervecería. ¡Así, así! Y no agite así el busto de abajo, no empuja una vagoneta, sino que lleva a una mademoiselle. ¡Así, así! ¿Dónde está esa mano? ¡Abajo esa mano!

Prisiipkin: (se desliza sobre un hombro imaginario): No quiere sostenerse en el aire.

Baián: Pues usted, camarada Prisiipkin, con fácil exploración le pone al descubierto un sostén y, como si fuera para descansar, se apoya

en él con el pulgarcito: agradable sentimiento de comunidad para la dama, y alivio para usted..., que puede así pensar en la otra mano. ¿Por qué se sacude así con los hombros? Esto ya no es un fox-trot, veo que quiso hacer una demostración de un paso de shimmy.

Prisipkin: No. Ocurrió que... me dieron, de paso, ganas de rascarme.

Baián: ¡También eso es posible, camarada Prisipkin! Si le ocurre en medio de su inspiración bailable un caso semejante, ponga los ojos en blanco como si estuviera celoso de la dama, retírese a la española contra la pared y frótese rápido contra alguna estatua (en la sociedad elegante, en la que usted va a frecuentar, siempre ponen tales vasos y esculturas en abundancia). Después de frotarse y sacudirse, dígame con ojos centelleantes: "Bien lo comprendo, pérfida, usted juega conmigo... pero... ", y láncese de nuevo a la danza, como si se serenara y aplacara poco a poco.

Prisipkin: ¿Más o menos así?

Baián: ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Tiene talento, camarada Prisipkin! En las condiciones de un ambiente burgués y de un naciente socialismo dentro de las fronteras de un solo país... usted no puede desarrollarse. ¿Acaso nuestra callejuela de las Cabras es bastante campo de acción para usted? Lo que usted necesita es la revolución universal, le es imprescindible salir a Europa; después de superar a los Chamberlain y Poincarés, podrá asombrar al Moulin Rouge y a los Panteones con la belleza de sus movimientos. ¡Guárdelo en la memoria y pasmará a todos! ¡Estupendo! Y ahora me voy. A estos testigos no hay que quitarles el ojo de encima: antes de la boda, un vaso como seña y ni un trago de más: cuando cumplan con su deber, entonces que beban de la botella. Au revoir. (Sale, y se vuelve para gritar desde la puerta). No se ponga dos corbatas a la vez sobre todo si son de distinto color, y téngalo presente: ¡no se puede llevar fuera del pantalón la camisa almidonada! (Prisipkin se mide las cosas recién compradas).

Muchacho: ¡Vanka! ¡Déjate de esas pamplinas! ¿Por qué te dio por vestirse de espantapájaros?

Prisipkin: ¡Maldito lo que le importa, apreciado camarada! ¿Para qué he luchado? Luché por una vida mejor. Y he aquí que de pronto la tengo entre las manos: una mujer, una casa y un verdadero refinamiento en los modales. En cuanto a mi deber, siempre sabré cumplir con él en caso de necesidad. Aquel que conquistó tiene derecho a descansar junto a un quieto arroyuelo. ¡Ea! Aún puede ser que yo eleve a toda mi clase con mi sentido del confort ¡Ea!

Cerrajero: ¡Guerrero! ¡Subórov! ¡Bien dicho!

Subí y bajé
siempre en lo mismo,
hice un puente al socialismo:
sin terminar,
fatigado
me eché a dormir a un costado.
La hierba creció en el puente,
por él pasan ovejitas.
Y deseamos,
simplemente,
descansar en la orillita...

Es así, ¿no es cierto?

Prisipkin: ¡También tú tenías que meterte! Déjame en paz con tus versitos de propaganda... ¡Ahora verás! (Se sienta al borde de la cama y canturrea, acompañándose con la guitarra).

En la calle Lunacharski,
recuerdo la vieja casa...
con sus amplias escaleras
y su elegante ventana.

Un disparo. Se lanzan hacia la puerta.

Muchacho (desde la puerta): ¡Zoia Beriósquina se pegó un tiro!
(Todos corren a la puerta).

Otro mozo: ¡Ah, cómo la van a cubrir de insultos en la célula!
Más rápido...

Más rápido...

Voces:

Primeros auxilios...

Primeros auxilios...

Un voz: ¡Pronto! ¡Más pronto! ¿Cómo? ¡Fue de un tiro! Tiene el pecho perforado de parte a parte. Pasaje de las abras, dieciséis. (Prisipkin, al quedar solo, recoge apresuradamente sus cosas).

Cerrajero: ¡Por tu culpa, basura peluda, se mató esa buena señora! ¡Fuera! (Aferra a Prisipkin por la chaqueta y lo arrastra hasta la puerta. Detrás de él arroja sus cosas). Encargado de la limpieza (viene corriendo con el médico, sostiene y levanta de Prisipkin, y le alcanza el sombrero, que se le había volado): ¡Con cuánto ruido, muchacho, te alejas de tu clase!

Prisipkin (volviéndose hacía el fondo, aúlla): ¡Cochero, calle de Lunacharski, diecisiete! ¡Con equipaje!

Cuadro III

Gran salón de la peluquería. Espejos a los costados. Delante de los espejos, profusión de flores de papel. Mesillas de barbero cargadas de botellas. Delante, a la izquierda, piano de cola con las fauces abiertas; a la derecha, una estufa cuyos tubos se extienden por toda la habitación.

En tal centro, la redonda mesa nupcial, alrededor de la cual están sentados: Pierre Scripkin, Elzevira Renaissance, cuatro testigos (dos hombres y dos mujeres), mamita y papito Renaissance, el padrino de la boda e igualmente la madrina. Oleg Baián lleva la voz cantante en el centro de la mesa, de espaldas al público.

Elzevira: ¿Empezamos, Scripito?

Scripkin: A esperar.

Elzevira: ¿Scripito, empezamos?

Scripkin: A esperar. Yo deseo casarme de una manera bien organizada y en presencia de huéspedes honorables, sobre todo en presencia de la persona del secretario del comité de fábrica, el respetado camarada Lasálchenko. ¡Ea!

Invitado (llega a la carrera): Respetables recién casados, les ruego que perdonen mi tardanza, pero estoy autorizado para expresarles los mejores augurios nupciales del respetado conductor, camarada Lasálchenko. Mañana, dijo, aunque sea a la iglesia, pero hoy, dice, no puedo acompañarlos. Hoy, dice, es día de reunión del partido y, quieras o no quieras, es preciso concurrir a la célula. Pasemos, por así decirlo, a la orden del día.

Prisipkin: Declaro abierta la boda.

Rosalía Pávlovna: Camaradas y mosiús, sírvanse, por favor. ¿Dónde van a encontrar ahora unos lechones como éstos? Compré esta pata hace años, para el caso de una guerra, o con Grecia o con Polonia. Pero... la guerra todavía no llega y el jamón se está echando a perder. Coman, señores.

Todos (alzando vasos y copas): ¡Amargo! ¡Amargo!... (Elzevira y Pierre se besan). ¡Amargo! ¡Amargoooo! (Elzevira se echa al cuello de Pierre. Éste la besa solemnemente y sin perder la noción de su dignidad de clase).

Padrino contador: ¡Beethoven!... ¡Shakespeare!... Os pedimos que pintéis algo semejante. No en vano festejamos día a día vuestro aniversario. (Arrastran el piano de cola).

Voces: ¡Debajo del ala! ¡Tómenlo por debajo del ala! ¡Dientes, cuántos dientes! ¡Como para darles un puñetazo!

Prisipkin: ¡No pisoteen las patitas de mi coludo!

Baián (se pone en pie, vacilando, y vuelca su copa): Me siento feliz, feliz al contemplar, en un período dado de tiempo lleno de luchas, la elegante culminación del camino del camarada Scripkin. Verdad que perdió en ese camino una única tarjeta personal del partido, pero, en cambio, adquirió muchísimas cédulas del empréstito público. Nos fue dado armonizar y conjugar en él contradicciones de clase y de otro tipo, en lo cual es imposible que una mirada marxista bien pertrechada no vea, por así decirlo, como en una gota de agua, la dicha futura de la humanidad, lo que la gente vulgar conoce con el nombre de socialismo.

Todos: ¡Con qué pasos capitales avanzarnos por el camino de nuestra estructuración familiar! ¿Acaso, cuando luchábamos por ustedes en el Perecop, y muchos de nosotros hasta murieron, acaso podíamos adivinar que estas rosas iban a florecer y a perfumarnos en un período dado de tiempo? ¿Acaso, cuando gemíamos bajo el yugo de la autocracia, acaso nuestros grandes maestros Marx y Engels podían soñar como adivinación, o también adivinar como sueños, que íbamos a unir con los vínculos de Himeneo al trabajo ignorado, pero grande, con el capital, de capa caída pero encantador?

Todos: ¡Amargo! ¡Amargo!...

Baián: ¡Respetados ciudadanos! La belleza... ¡es el motor del progreso! ¿Qué sería yo en calidad de modesto laborante? Una cuba... ¡y nada más! Y, ¿qué podría hacer en calidad de cuba? ¡Mugir! ¡Y nada más! En cambio, en mi calidad de Baián... ¡lo que se me antoje!

Por ejemplo:

Oleg Baián
bebe cuanto le dan.

Y así soy ahora Oleg Baián y, como miembro de la sociedad con igualdad de derechos, aprovecho todas las delicias de la cultura y puedo expresarme, es decir no... expresarme es lo que no puedo, pero puedo decir, imitando a los griegos de antaño: "Elzevira Scripkina, pásenos la sardina". Y a mí puede responderme todo el país, como estilán ciertos trovadores:

Para mojar tu garganta,
con elegante ademán,
medio arenque y una copa
ofrecemos a Baián.

Todos: ¡Bravo! ¡Hurra! ¡Amargo!

Baián: La belleza... es la madre...

Uno de los testigos (sombrío y dando un respingo): ¡Madre! ¿Quién dijo "madre"? Ruego que no se sirvan de tales expresiones delante de recién casados. (Lo apartan de un empujón).

Todos: ¡Beethoven! ¡Camarinskaia! (Arrastran a Baián hasta el piano).

Baián:

Vino hasta el Civil el tranvía,
en él iba el rojo cortejo...

Todos (haciéndole coro):

¡El novio en ropas de trabajo,
en su blusa el carnet sindical!

Contador: ¡Comprendí! ¡Comprendí todo! Esto quiere decir:

Salud, Oleg Baiancito,
rizado carnerito. .

Peluquero (se desliza con un tenedor hacia la madrina): No, señora, verdaderos rizos ahora, después de la revolución, no se encuentran. El chignon gaufré se hace así... Se toman las tenacillas (hace girar el tenedor), se calientan a fuego lento, a l'étoile (mete el tenedor en la llama de la estufa), y se levanta en la coronilla semejante soufflé de pelo.

Madrina: ¡Usted ha infligido un insulto a mi dignidad de madre y de doncella!... Baje esas manos... ¡Hijo de perra!

Testigo: ¿Quién dijo "hijo de perra"? Ruego no servirse de tales expresiones delante de recién casados. (El contador los separa y, canturreando, hace girar la manivela de la máquina registradora. Luego da vueltas con ella como un organillo).

Elzevira (a Baián): ¡Ay! ¡Toque algo, ay! El vals "Tristeza de Macárov por Vera Jólodna". Ay, es algo tan charmant, ni más ni menos petite histoire.

Testigo (armándose con una guitarra): ¿Quién dijo "pissoir"? Por favor, delante de recién casados... (Baián los separa y se lanza sobre las teclas).

Testigo (lanzando miradas torvas, de amenaza): ¿Qué es esto, tocas nada más que en las teclas negras? ¿Es decir, para el proletariado en la mitad, en cambio para la burguesía en todas?

Baián: ¿Cómo se le ocurre, ciudadano? Yo procuro tocar sobre todo en las teclas blancas.

Testigo: Es decir, estamos en las mismas, como si la tecla blanca fuera la mejor. ¡Toca en todas!

Baián. ¡Si lo hago en todas!

Testigo: ¿Es decir que estás con los blancos, oportunista?

Baián: Camarada... Así es, porque estoy tocando en do mayor.

Testigo: ¿Quién dijo "domador"? Delante de recién casados... ¡Ea! (Le descarga un golpe con la guitarra en la nuca. El peluquero enreda en el tenedor los cabellos de la madrina. Prispikin se interpone entre el contador y su mujer).

Prisipkin: ¿Cómo se atreve a tocar el pecho de mi mujer con un arenque? ¡Esto no es un cantero, sino su pecho, y esto no son crisantemos, sino un arenque!

Contador: Y usted... ¿Nos agasajó con salmón? ¿Nos agasajó? ¿Sí? Y se atreve a gritar... ¿Sí? (En medio de la reyerta, lanzan a la novia, envuelta en sus gasas, contra la estufa; la estufa se vuelca, llamas, humo).

Gritos: ¡Ardeamos! ¿Quién dijo "ardemos"?... ¡Fuego! El salmón... Partió del Civil el tranvía...

Cuadro IV

En lo más negro de la noche, el casco de un bombero refleja una llama no lejana. El jefe solo: entran y salen bomberos con sus informaciones.

Bombero 1º: ¡Imposible dominarlo, camarada jefe! Durante dos horas nadie dijo ni pío... ¡Borrachos de porquería! Arde como un polvorín. (Sale).

Jefe: Como para no arder. No es más que tela de araña y alcohol.

Bombero 2º: Ya se apaga, el agua se congela en el aire. A fuerza de agua, dejamos el sótano más liso que una pista de patinaje. (Sale).

Jefe: ¿Hallaron los cuerpos?

Bombero 3º: Cargaron uno, con el cráneo hecho trizas Seguramente le cayó encima una viga. Derecho a la morgue. (Sale).

Bombero 4º: Cargaron... un cuerpo chamuscado, de sexo desconocido, con un tenedor en la cabeza.

Bombero 1º: Bajo la estufa salió a luz lo que fue una mujer, con una coronita de alambre en el occipucio.

Bombero 3º: Se descubrió un desconocido, con aspecto de preguerra, y con una caja registradora entre las manos... es evidente, en vida fue un bandido.

Bombero 2º: Entre los vivos, absolutamente ninguno... Entre los cadáveres se nota la falta de uno solo, de manera que, a juzgar por la ausencia, sospecho... que ardió hasta la última partícula.

Bombero 1º: Pero, ¡qué iluminación! Como si fuera un teatro, sólo que todos los actores ardieron.

Bombero 3º:

De la boda los llevó un carruaje.

un carruaje con una cruz roja...

Un corneta reúne a los bomberos. Forman filas. Atraviesan la escena dando sus voces.

Bomberos:

Ciudadanos, camaradas,

el vodka es veneno:
¡Los borrachos
a la república
prenderán fuego!
¡Viviendo con estufas
y viviendo con primus,
Quemaréis vuestras casas
y os quemaréis las manos!
¡Un sueño casual
es causa de incendios:
A Nadson y Yarov
no leáis
hasta el sueño!

Cuadro V

Enorme sala de sesiones, que se eleva en anfiteatro hasta el techo. En lugar de las cabezas de las gentes... altoparlantes, y junto a ellos algunas manos de acero, como las que sobresalen de los automóviles.

Encima de cada altoparlante hay lámparas eléctricas de colores y, debajo del mismo techo, unas pantallas. En el centro, una tribuna con micrófono. A los costados de la tribuna, distribuidores y reguladores de los votos y de la luz. Dos mecánicos -uno viejo y otro joven- están atareados en el auditorio en sombras.

El viejo (con un plumero, quitando el polvo de los altoparlantes): Hoy la votación es importante. Tiene que aceitar y probar el aparato votador de las regiones agrícolas. La última vez se produjo una interrupción. Había un chirrido en los votos.

El joven: ¿Agricultoras? ¡Espléndido! Aceitaré las líneas centrales. Frotaré con una gamuza la garganta de los aparatos de Esmolensko. La semana pasada se volvieron a poner roncós. Hace falta atornillar las manos de los cuadros gobernantes de las capitales, deben de tener alguna desviación: la derecha se engancha hacia la izquierda.

El viejo: Listas las fábricas de los Urales. Conectemos las metalúrgicas de Kursk; allí instalaron el nuevo aparato de sesenta y dos mil votos del segundo grupo de la planta eléctrica de Zaporosh. Con ellos no hay que preocuparse, el trabajo es fácil.

El joven: Pero tú. ¿te acuerdas todavía de cómo era antes? ¡Gracioso, tenía que ser!

El viejo: Una vez mi mamá me llevó en brazos a una sesión. Gente habría muy poca... unos mil apeñuscados, sentados como parásitos y escuchando. La cuestión era algo importante y altisonante, y se resolvió por un voto. Mi madre estaba en contra, pero no pudo votar porque me tenía a mí en brazos.

El joven: ¡Vaya, qué razón! ¡Eran unos aficionados!

El viejo: Antes, ni siquiera hubiera servido un aparato semejante. Podía ocurrir que el individuo de primera fila tuviera que alzar la mano para que le prestaran atención, y que la alzara hasta tocar la nariz del presidente, o que levantara las dos metiéndoselas en las fosas nasales, lamentando solamente no ser la antigua diosa Isis, para poder votar con veinte manos. Pero muchos se cuidaban de no hacerlo. De uno contaban que se estuvo en el retrete durante una discusión muy importante... por temor a tener que votar. Sentado y meditabundo, es decir, para salvar el puesto y el pellejo.

El joven: ¿Lo consiguió?

El viejo: ¡Lo consiguió!... Sólo que lo nombraron en otra especialidad. Viendo su amor por los retretes, lo designaron encargado principal de las toallas y el jabón. ¿Listo?

El joven: ¡Listo! (Corren a los tableros y cables reguladores de abajo. Un hombre de anteojos y barbita, abriendo la puerta de un golpe, entra con paso firme, sube al estrado, de espaldas al público, y levanta las manos).

Orador: ¡Conecten al mismo tiempo todas las regiones de la Federación!

Viejo y joven: ¡Ya está! (Se encienden a un tiempo todas las lamparillas rojas, verdes y azules del auditorio).

Orador: ¡Hola! ¡Hola! "Habla el presidente del Instituto de Resurrecciones Humanas. La cuestión ya se ha comunicado por telegrama, es cosa juzgada, simple y clara. En la intersección de la calle sesenta y dos con la avenida diecisiete de la ex ciudad de Tambov, una cuadrilla de obreros que cavaba cimientos descubrió, a una profundidad de siete metros, un sótano cegado por la tierra y lleno de agua congelada. A través del hielo del fenómeno se transparenta una figura humana petrificada. El Instituto Juzga posible la resurrección del individuo, congelado hace Cincuenta años.

"Hagamos armonizar la disparidad de opiniones.

"El Instituto considera que la vida de todo obrero debe ser utilizada hasta el último segundo.

"La transparencia del hielo permitió comprobar, en las manos del individuo, la existencia de callos, que hace medio siglo eran indicio del trabajador. Recordemos que, después de las guerras ocurridas en el mundo, las guerras civiles que desembocaron en la Federación Mundial, y por decreto del siete de noviembre de mil novecientos sesenta y cinco, la vida de todo ser humano es inviolable. Pongo en vuestro conocimiento la objeción del laboratorio de Epidemiología, que teme las consecuencias de la difusión de bacterias que pululaban en los ex habitantes de la ex Rusia. Con plena conciencia de mi responsabilidad, vengo a zanjar esta cuestión. Camaradas, recordad, recordad y recordad una vez más:

"¡Nosotros votamos por una vida humana!"

Se apagan las lámparas, un timbre penetrante, y en una pantalla se enciende la resolución, que repite el orador.

"En nombre de la investigación de los hábitos de trabajo de la humanidad obrera, en nombre de un estudio práctico y comparado de las costumbres, exigimos la resurrección." (Voces de la mitad de los altoparlantes: "¡Es justo, que se adopte!"; parte de los votos: "¡Abajo!". Las voces callan súbitamente. Se apaga la luz de la pantalla. Segundo timbre: se ilumina una segunda resolución. El orador repite). "Resolución de los dispensarios de vigilancia sanitarias de las empresas metalúrgicas y químicas de la cuenca del Don. Para evitar el peligro de que se difundan las bacterias de la adulonería y la jactancia, características del año veintinueve, exigimos que se deje al exponente en estado de congelación. (Voces de los altoparlantes: "¡Abajo!". Algunos gritos aislados: "¡Correcto!") . ¿Existe alguna otra resolución o agregado? (Se ilumina la tercera pantalla, el orador repite). "Las zonas agrícolas de Siberia piden que su resurrección se haga en otoño, al terminar los trabajos del campo, para facilitar la presencia de grandes masas de curiosos". (Mayoría aplastante de voces y altoparlantes: "¡Abajo!" "¡Rechazada!". (Las lámparas vuelven a encenderse). Pongo a votación: ¿a quien esté en favor de la primera resolución, le

ruego que levante las manos! (Se levanta una mayoría aplastante de las manos de acero). ¡Bájenlas! ¿Quién está por la enmienda siberiana? (Se alzan dos o tres manos solamente). La Asamblea Federal resuelve: "¡Re-su-ci-tar-lo!". (Rugido de todos los altoparlantes: "¡Hurra!". Las voces callan). ¡Se levanta la sesión! (Dos puertas se abren de golpe e irrumpe el tropel de reporteros. El orador se abre paso, gritando con alegría hacia todos lados). ¡Resucitarlo! ¡Resucitarlo! ¡Resucitarlo! (Los reporteros sacan micrófonos de los bolsillos y chillan sin dejar de caminar por la escena).

Reportero 1º: ¡Hola! ¡Hola! Onda de cuatrocientos setenta y dos metros y medio... "Noticias de Chukotka"... ¡Resucita!

Reportero 2º: ¡Hola! ¡Hola! Onda de trescientos setenta y seis metros... "Verdad vespertina de Viebesk"... ¡Resucita!

Reportero 3º: ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Onda de doscientos once metros... "Verdad komsomol de Varsovia"... ¡Resucita!

Reportero 4º: "Lunes literario de Armavirsk"... ¡Hola! ¡Hola!

Reportero 5º: ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Onda de cuarenta y cuatro metros... "Noticias del Soviet de Chicago"... ¡Resucita!

Reportero 6º: ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Onda de ciento quince metros... "Gaceta Roja de Roma"... ¡Resucita!

Reportero 7º: ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Onda de setenta y ocho metros... "Miseria de Shanghai"... ¡Resucita!

Reportero 8º: ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Onda de doscientos veinte metros... "Braceros de Madrid"... ¡Resucita!

Reportero 9º: ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Onda de once metros... "Pionero de Cabul"... ¡Resucita! (Irrumpen los vendedores de diarios con los ejemplares ya impresos).

Vendedor 1º:

¿Se deshiela

o no la cosa?

Editoriales

en verso y en prosa

Vendedor 2º:

Encuesta mundial sobre un tema importantísimo:

¿Habrá epidemia o no de servilismo?

Vendedor 3°:

¡Artículos sobre viejas

guitarras y serenatas,

y otros medios

para estupidizar

a las masas!

Vendedor 4°:

¡Últimas novedades! ¡Interviú! ¡Interviú!

Vendedor 5°:

Mensajero científico,

¡por favor, no asustarse!

Vendedor 6°: ¡Último boletín!

Vendedor 7°:

Enfoque teórico

de un viejo chascarillo:

¿Puede ser

que a un elefante

mate un cigarrillo?

Vendedor 8°:

Triste hasta las lágrimas,

ridículo hasta el cólico

¡Explicación

de la palabra: "alcohólico"!

Cuadro VI

Puerta de cristal opaco, de dos hojas; a través de las paredes se traslucen las partes metálicas del instrumental médico. Ante la pared un viejo Profesor con su madura Asistente, que todavía conserva los rasgos característicos de Zoia Beriósquina. Ambos en uniforme blanco de hospital.

Zoia Beriósquina: ¡Camarada! Camarada Profesor, le ruego que no lleve a cabo este experimento. Camarada Profesor, otra vez volveremos a la bulla...

Profesor: Camarada Beriósquina, usted empezó a vivir de los recuerdos, y ahora se sirve de una lengua ininteligible. Veamos el grueso diccionario de palabras caídas en desuso. ¿Qué es eso de "bulla"? (Busca en el diccionario). Bulla... bulla... bulla... Burocracia, buñuelos, biblia, bohemia. Bulgakov... Bulla -género de actividad de los individuos que perturban todo género de actividad...

Zoia: Pues esta "actividad" suya por poco me costó la vida hace cincuenta años. Hasta llegué a una... tentativa de autoeliminarme.

Profesor: ¿Autoeliminarse? ¿Qué significa "autoeliminación"? (Busca en el diccionario). Autocontribución, autopropaganda, autocracia, autorreducción... Lo encontré: suicidio. (Con asombro). ¿Usted se pegó un tiro? ¿Una sentencia? ¿Un juicio? ¿Tribunal revolucionario?

Zoia: No... por mí misma.

Profesor: ¿Usted misma? ¿Por un descuido?

Zoia: No... por amor.

Profesor: Absurdo... Por amor hay que construir puentes y tener hijos... Pero matarse... ¡Vaya, vaya!

Zoia: Dispéñeme ahora, le aseguro que no puedo.

Profesor: Ya salió aquello... Como dijo usted... Bulla. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Bulla. La sociedad le brinda la oportunidad de manifestar todos sus sentimientos, para facilitar al máximo la descongelación de este sujeto

afectado por cincuenta anabióticos. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Su presencia aquí es muy, muy importante. Me alegro de que la hallaran y de que viniera. Él... ¡ése es él! Y usted... ¡era ella! Dígame por favor, ¿tenía suaves las pestañas? Lo digo en caso de deterioro por rápida descongelación.

Zoia: Camarada Profesor, ¿cómo puedo recordar unas pestañas de cincuenta años atrás... ?

Profesor: ¿Cómo? ¿Cincuenta años atrás? ¡Eso fue ayer!... ¿Cómo puedo recordar yo el color de los pelos de la cola de un mastodonte, que vivió medio millón de años atrás? ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... Y no recuerda usted... cuando respiraba en la agitación de los debates, ¿no le vibraban con fuerza las aletas de la nariz?

Zoia: Camarada Profesor, ¿cómo puedo recordarlo? Ya a los treinta años nadie se agita en casos semejantes.

Profesor: ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Pero, ¿no está informada acerca del volumen de hígado y estómago, en caso de eliminación del posible contenido de alcohol y de vodka, que podrían inflamarse con un voltaje inevitablemente alto?

Zoia: ¿De dónde quiere que lo recuerde, camarada Profesor? Recuerdo, sí, que debía tener estómago...

Profesor: ¡Ay, usted no se acuerda de nada, camarada Beriósquina! Dígame, por lo menos, ¿era él de carácter impulsivo?

Zoia: No lo sé... Es posible, pero... al menos conmigo, no.

Profesor: ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! lo que temo es que lo descongelemos a él, y entretanto usted se nos muera de frío. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... Ahora, manos a la obra. (Aprieta un botón, y la pared de cristal se abre silenciosamente. En el centro, sobre la mesa de operaciones, reluciente caja de zinc de medidas humanas. La sala tiene gritos, y debajo de cada uno han puesto un balde. A la caja también van a parar cables eléctricos. Cilindros de oxígeno. Alrededor de la caja ocupan su lugar seis médicos, blancos y silenciosos. Delante de la caja, en el mismo proscenio, seis lavabos y junto a ellos, colgando de un alambre invisible, como si estuvieran en el aire, seis toallas. El Profesor habla mientras va de un médico a otro. Al primero). Conecte la corriente cuando yo dé la señal. (Al segundo). Eleve la temperatura hasta los

36,4° quince segundos para cada decena. (Al tercero). Que estén listas las almohadillas de oxígeno. (Al cuarto). Desagótelo paulatinamente, para reemplazar el hielo por la presión del aire. (Al quinto). La tapa debe abrirse de un solo golpe. (Al sexto). Observe en el espejo las etapas de reviviscencia. (Los médicos inclinan la cabeza como señal de que están preparados, y se dirigen luego a sus puestos). Comencemos. (Conectan la corriente, y observan con atención la temperatura. El agua empieza a gotear. Uno de los médicos se sume en la contemplación de un espejito suspendido de la pared de la derecha).

Médico 6°: ¡Reaparece la coloración natural! (Un silencio). ¡Liberado el hielo! (Un silencio). ¡Su pecho palpita! (Un silencio. Aterrado). Profesor, preste atención a ese impulso antinatural...

Profesor (se acerca y observa con calma): Movimientos normales, se está rascando... por lo visto, resucitan los parásitos presentes en tales individuos.

Médico 6°: Profesor, algo inexplicable; en su movimiento, el brazo izquierdo se aparta del cuerpo...

Profesor (echando una ojeada): Formaba un solo cuerpo con la música, era lo que se llamaba un "alma sensible". En la antigüedad vivieron Stradivarius y Utkin. Stradivarius hacía violines, pero esto lo hizo Utkin, y se llamaba guitarra. (El Profesor observa el termómetro y el aparato registra la presión sanguínea).

Médico 1°: 36.1.

Médico 2°: 68 pulsaciones.

Médico 3°: Respiración normalizada.

Profesor: ¡A sus puestos! (Los médicos se apartan de la caja. De pronto, la tapa cae a un costado y de la caja se levanta, desgredado y sorprendido. Prispkin; mira hacia todos lados y se abraza a su guitarra).

Prispkin: ¡Ya dormí bastante! ¡Perdón, camarada, sin duda caí borracho como una cuba! ¿Qué división de la policía es ésta?

Profesor: ¡No, ésta es una división muy distinta! Es la división... que dividió su epidermis del hielo, y aquí lo descongelamos...

Prisipkin: ¿A quién? ¡A su abuela la habrán descongelado! Todavía está por verse quién estaba borracho, si ustedes o yo. Ustedes, como especialistas, siempre andan alrededor del alcohol. Yo, en cambio, como persona, estoy siempre dispuesto a probar mi identidad. Llevo conmigo mis documentos. (Da un respingo, y empieza a darse vuelta los bolsillos). Tengo encima 17 rubios con 60 copeks. ¿Al S.R.I.? Le pagué. ¿Al Osoaviajín? Contribuí. "Abajo el analfabetismo?" Miren, por favor. Esto, ¿qué es? ¡El certificado del Registro Civil! (Con Un silbido). ¡Claro, si me casé ayer! "¿Dónde estará ahora, quién te besará la punta de los dedos?" ¡Linda paliza me darán en casa! Aquí está el recibo de los testigos de la boda. Y también la tarjeta sindical. (Su vista se detiene por casualidad en el calendario, se frota los ojos y mira a su alrededor espantado). ¡12 de mayo de 1979! ¡Cuánto tiempo sin pagar en el sindicato! ¡Cincuenta años! ¡informes, van a pedir informes! ¡Sección Regional! ¡Comité Central! ¡Dios mío! ¡Mi mujer! ¡Déjenme ir! (Da un apretón de manos a cada uno de los circunstantes, y se lanza a la puerta. Detrás de él, llena de inquietud, corre Zoia. Los doctores rodean al Profesor).

Todos a coro: ¿Qué es eso que hizo con nuestras manos? Empujó y sacudió, sacudió y empujó...

Profesor: Es una costumbre antihigiénica que existía en la antigüedad. (Los seis médicos y el profesor, ensimismados, se lavan las manos).

Prisipkin: (tropezando con Zoia): ¿Quiénes son ustedes realmente, ciudadanos? ¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? ¿No es usted por casualidad la mamita de Zoia Beriósquina? (El bramar de una sirena aturde la cabeza de Prisipkin). ¿Adónde fui a caer? ¿Dónde me dejaron caer? ¿Qué es esto... ? ¿Moscú... ? ¿París... ? ¿Nueva York... ? ¡Cochero! (Rugir de corneta de automóviles). ¡Ni hombres, ni caballos! ¡Autopistas, autopistas, autopistas! (Se apoya en la puerta para rascarse la espalda; busca con los dedos abiertos, se vuelve y descubre en la blanca pared una chinche, que se ha deslizado desde el cuello de su chaqueta). ¡Chinche, chinchita, chinchilla! (Echa mano de su guitarra y canta). No te alejes, ven conmigo... (Apresa la chinche entre los dedos;

se le vuelve a escapar). Nos separamos, como en el mar las naves... ¡Se me fue!... ¡Solo! Ninguno me contesta, de nuevo me hallo solo... ¡¡Solo!! Cochero, autopistas... ¡Calle de Lunacharski 17! ¡¡Sin equipaje!! (Se lleva las manos a la cabeza y cae desvanecido en brazos de Zoia, que corre hacia él desde la puerta).

Cuadro VII

En mitad de la escena, el triángulo de una plaza. En él se yerguen tres árboles artificiales. Primer árbol: en los rectángulos verdes, que son sus hojas... grandes platos, y en los platos mandarinas. Segundo árbol: con platos de papel, y en los platos manzanas. Tercero: verde, con piñas de abeto... que son frascos abiertos de perfumes. A los costados, las paredes de las casas, cubiertas de mosaicos. En los lados del triángulo, largos bancos. Aparece un Reportero, seguido por dos parejas.

Reportero: ¡Camaradas, aquí aquí! ¡A la sombra! Les narraré por su orden todos estos hechos oscuros y asombrosos. En primer lugar... alcáncenme algunas mandarinas. Aquí tenemos un buen resultado de la administración municipal, y hoy los árboles dan mandarinas, a pesar de que ayer todas eran peras... , ni jugosas, ni gustosas, ni nutritivas... (Una muchacha baja del árbol un plato con mandarinas; sentados, las mondan y comen, inclinándose con curiosidad hacia el reportero).

Hombre 1: Vamos, rápido, camarada, cuéntenos todo en detalle y ordenadamente.

Reportero: Pues bien... ¡qué gajitos más jugosos! ¿No gustan servirse? Está bien, está bien, ahora les cuento. ¡Qué te parece, qué impaciencia! En fin, a mí, como presidente del reportaje, nada me es desconocido... Pues bien, ¿lo ven?, ¿lo ven?... (Con rápido paso entra un individuo provisto de una caja de inyecciones y de termómetros). Éste es el veterinario. La epidemia se difunde. Habiendo quedado solo, este mamífero resucitado se puso en contacto con todos los animales domésticos del rascacielos, y ahora todo los perros han enloquecido. Él les enseñó a levantarse sobre las patas traseras. Los perros ni ladran ni juegan; todo lo que saber hacer es... "servir". Los animales importunan a todos los que están a la mesa, los lamen y adulan. Según dicen los médicos, la gente mordida por semejantes animales adquiere todos los síntomas primarios de un servilismo epidémico.

Los sentados: ¡Ohhh!

Reportero: ¡Miren, miren! (Entra un individuo con pasos vacilantes, cargado de cestas con botellas de cerveza).

El que pasa (canturrea):

Antes del siglo veinte,
qué bien vivía la gente...
¡Bebían vodka, bebían cerveza,
con la nariz como cereza!

Reportero: ¡Observen, el individuo está acabado, enfermo! Éste es uno de los ciento setenta y cinco obreros del segundo laboratorio de medicina. Con la intención de aliviar una indisposición pasajera, los médicos recetaron dar de beber al mamífero resucitado una mezcla venenosa en grandes dosis y repugnante en pequeñas, la llamada cerveza. Pronto les dio vueltas la cabeza, a causa de mortíferas emanaciones, y algunos hasta llegaron a probar por error esta mezcla refrescante. Desde entonces ya han cambiado tres equipos de obreros. Quinientos veinte obreros yacen en los hospitales, y la terrible epidemia de peste piramidal hierve, echa espuma y les hace flaquear las piernas.

Los sentados: ¡Ahhhh!

Hombre (soñador e inquieto): Yo me sacrificaría como mártir de la ciencia... ¡que me inoculen a mí también esta misteriosa dolencia!

Reportero: ¡Predispuesto! ¡También él está predispuesto! Silencio... No alarmen a esta joven lunática... (Entra una muchacha; las piernas se le traban en un paso de "fox-trot" y "charleston"; masculla versos, leídos de un libro que sostiene con dos dedos de su mano extendida. Entre dos dedos de la otra mano lleva una rosa imaginaria, que se lleva a la nariz para aspirar su perfume). Desdichada, ésta vive en la habitación contigua a la del enfurecido mamífero, y hete aquí que, de noche, mientras la ciudad duerme, a través del tabique comenzaron a llegarle rasgueos de guitarras, y luego prolongados suspiros y sollozos que partían el alma, en medio de un canturreo, ¿cómo es que lo llamaban entre ellos... ? "Serenatas", ¿qué les parece? La cosa fue en aumento y de mal en peor, y la pobre muchacha empezó a perder la cabeza. Los afligidos padres llamaron a los médicos en consulta.

Dijeron los profesores que eran accesos de "enamoramamiento" agudo... Así se llamaba una antigua enfermedad, que sobreviene cuando la energía sexual humana, sensatamente distribuida a lo largo de toda la vida, se condensa de pronto en una semana, como proceso inflamatorio galopante, que provoca las acciones más insensatas y disparatadas.

Muchacha sentada (tapándose los ojos con las manos): Será mejor que no mire... Siento cómo se difunden por el aire estos horribles microbios enamorados.

Reportero: Predispuesta, también ésta está predispuesta... la epidemia nos inunda como un océano. (Treinta "girls" entran bailando). ¡Miren este sesentapiés de treinta cabezas! ¡Y pensar... (volviéndose al público) que este alzamiento de piernas era lo que antes se llamaba arte! (Aparece una pareja bailando el fox-trot). La epidemia llegó... llegó... ¿hasta dónde llegó? (Busca en su diccionario). Hasta el a-po-geo, vean... con esto hemos llegado ya al cuadrúpedo bisexual. (Entra a la carrera el Director del Jardín Zoológico, con un cofrecillo de vidrio en las manos. Detrás del Director una muchedumbre, provista de catalejos, máquinas fotográficas y escaleras de incendio).

Director (dirigiéndose a todos): ¿La vieron? ¿La vieron? ¿Dónde está? ¡Ay, ustedes no vieron nada! Una patrulla de cazadores informo que la vieron aquí hará un cuarto de hora: se mudó al cuarto piso. Calculando la velocidad medía en un metro y medio por hora, no pudo ir muy lejos. ¡Camaradas, sin perder tiempo, examinen las paredes! (Los exploradores extienden sus catalejos, se encaraman a los bancos y observan colocando las manos como visera. El Director distribuye los grupos, organiza las búsquedas).

Voces: ¡Como para poder encontrarla!... Habría que colocar, en cada una de las ventanas, un individuo desnudo sobre un colchón... Se sabe que la atrae el ser humano.

¡¡No chillen, que la espantan!!

Si llego a encontrarla, me la guardo para mí...

No te animarás, es posesión de la comunidad...

Voz extasiada: ¡La encontré! ¡Allí está! ¡Se arrastra por la pared!... (Los binóculos y catalejos enfocan un solo punto. Un silencio, sólo interrumpido por el chirrido de los aparatos fotográficos y cinematográficos).

Profesor (con un cuchicheo sofocado): Sí... ¡es ella! Tiendan las trampas y monten guardia. ¡Bomberos, aquí! (Rodean el lugar guardianes con redes. Los bomberos extienden su escalera, y muchos trepan en fila india).

Director (deja caer el catalejo, con voz quejumbrosa): Huyó... Pasó a la pared contigua... ¡SOS! ¡Si se cae... se va a matar! ¡Audaces, voluntarios, héroes! ¡Aquí! (Estiran la escalera debajo de la segunda pared, y trepan. Los espectadores quedan pasmados).

Voz extasiada desde lo alto: ¡La atrapé! ¡¡Hurra!!

Director: ¡Pronto! ¡Con más cuidado! No la dejen caer, no vayan a quebrar las patitas del animal. (Por la escalera, pasan de mano en mano a la bestezuela, que termina por ir a parar a las manos del Director. El Director esconde al animal en el cofrecillo y lo alza por encima de su cabeza). ¡Gracias a vosotros, oscuros colaboradores de la ciencia! Éste es un gran don para nuestro zoológico, su verdadera chef-d'oeuvre... Atrapamos un rarísimo ejemplar de un insecto desaparecido, y que fue el más popular a comienzos de este siglo. Nuestra ciudad puede sentirse orgullosa... a ella afluirán ahora estudiosos y turistas. Aquí, en mis manos, tengo la única "chinchis normalis" que hoy esté viva. Apartaos, ciudadanos: ¡el animal se aletarga, el animal cruzó las patitas, el animal quiere descansar! Os invito a todos a la magna inauguración en el Jardín Zoológico. ¡El acto más importante e inquietante, el de la captura, está cumplido!

Cuadro VIII

Paredes lisas, opalescentes, semitransparentes de una habitación. Desde lo alto de la cornisa se proyecta un rayo de luz celeste. A la izquierda, un ventanal, y, frente a él, una mesa de dibujo. Una radio, una pantalla, tres o cuatro libros. A la derecha, una cama de las embotrados en la pared; en ella, bajo una manta limpiísima, el sucísimo Prispikin. Ventiladores. Alrededor de Prispikin, un rincón lleno de suciedades. Sobre la mesa, colillas y botellas volcadas. Una lámpara cubierta con un trozo de papel rosado. Prispikin gime lastimeramente.

Un médico mide con pasos nerviosos la habitación.

Profesor (entrando): ¿Cómo se siente el enfermo?

Médico: El enfermo... No lo sé, ¡pero yo no podría sentirme peor! ¡Si usted no establece un relevo cada media hora... terminará por contagiarnos a todos. ¡Cada vez que respira, siendo que se me aflojan las piernas! Ya eché a andar siete ventiladores, para dispersar el aliento.

Prispikin: ¡Oh-oh-oh! (El Profesor se lanza hacia Prispikin). ¡Profesor, oh, profesor! (El Profesor adelanta la nariz, y retrocede luego tambaleándose, presa de vértigo, echándose aire con las manos). Sáquenme esta borrachera... (El Profesor vierte un poco de cerveza en el fondo del vaso, y se lo da. Prispikin se incorpora sobre los codos. Con aire de reproche). ¡Me resucitaron... y ahora se burlan! ¿Qué es eso para mí? ¡Como dar limosna a un elefante!...

Profesor: La sociedad confía en poder desarrollarte hasta cierto grado de dignidad humana.

Prispikin: ¡Váyanse al diablo ustedes y su sociedad! Yo no les pedí que me resucitaran. ¡Vuelvan a congelarme otra vez! ¡Pronto!

Profesor: No comprendo, ¿a qué te refieres? Nuestra vida pertenece a la colectividad, y ni yo ni nadie puede hacer que esa vida...

Prispikin: ¿Qué vida en ésta, si ni siquiera se puede colgar en la pared la foto de la chica que uno quiere? En ese maldito cristal se

tuercen todos los clavos... Camarada Profesor, déjeme salir en paz de mi borrachera.

Profesor (llenándole el vaso): Lo único que le pido es que no respire para mi lado. (Aparece Zoia Beriósquina con dos paquetes de libros. Los médicos le dicen algo cuchicheando; luego salen).

Zoia (se sienta al lado de Prisiipkin, desempaqueta los libros): No sé si servirán éstos. De las cosas que hablaste no hay nada, y nadie supo informarme. De las rosas únicamente se habla en los manuales de jardinería, y los sueños sólo aparecen en medicina, en la parte de psiquiatría. Aquí tienes dos libros que te recordarán aquellos tiempos. Una traducción del inglés: Hoover...: "Cómo llegué a presidente".

Prisiipkin (toma el libro y lo tira): No, esto no habla del corazón: necesito uno que me extrasé..

Zoia: Aquí tienes el otro... de un tal Mussolini: "Cartas desde el destierro".

Prisiipkin (lo toma y lo echa a un lado): No, esto no es para el alma. Déjenme en paz con sus groseras propagandas. Lo que necesito es algo que me haga cosquillas...

Zoia: Ni siquiera sé de qué estás hablando. Extasiar hacer cosquillas... Hacer cosquillas... extasiar...

Prisiipkin: ¿Qué es esto? ¿Para qué luchamos y derramamos nuestra sangre si a mí, es decir, a un guía del proletariado, ni se me permite que me saque el gusto y baile una nueva danza en nuestra sociedad?

Zoia: Ya le enseñé sus movimientos al director del instituto Central de Cinética. Dice que vio algo semejante en viejas colecciones de postales de París, pero ahora, dice, no queda nadie a quien preguntarle al respecto. Vive todavía una pareja de ancianas... que lo recuerdan; pero no pueden hacer una demostración por razones reumáticas.

Prisiipkin: Entonces, ¿para qué demonios me empeñé en aprender finos modales para la posteridad? Ya bastante trabajé antes de la revolución.

Zoia: Mañana te llevaré a ver la danza de diez mil obreros y obreras que bailarán en la plaza. Será un alegre ensayo del nuevo sistema de trabajos agrícolas.

Prisipkin: ¡Protesto, camaradas! Yo no me descongelé para que ahora me secan. (Echa a un lado la manta, se pone en pie de un brinco, se apodera de una pila de libros y los desenvuelve; cuando está a punto de hacer trizas el papel, se fija en lo que hay impreso en él y corre para leerlo de una lámpara a otra). ¿Dónde? ¿Dónde encontraste esto?...

Zoia: Los distribuían a todos por las calles... Puede ser que me lo dieran en la biblioteca, junto con los libros.

Prisipkin: ¡Salvado! ¡Hurra! (Se lanza a la puerta, agitando el papel como una bandera)

Zoia (al quedar sola): Llegué a vivir cincuenta años más, pero lo mismo habría podido morir hace cincuenta años, para semejante canalla...

Cuadro IX

En el Jardín Zoológico. En el centro, sobre un pedestal, adornada con cintas y banderas, una jaula. Detrás de la jaula, dos árboles, entre los cuales se llegan a ver las jaulas de los elefantes y las jirafas. A la izquierda de la jaula, una tribuna; a la derecha, un estrado para los invitados de honor. En círculo, la banda de música. Los espectadores se pasean en grupos. Los organizadores, con cordones, separan a los paseantes, según su profesión y estatura.

Organizador: ¡Camaradas corresponsales extranjeros, aquí! ¡Más cerca de la tribuna! ¡Apártense y dejen lugar a los brasileños! En este mismo momento aterriza su aeronave en el aeródromo central. (Da unos pasos, admirando el espectáculo). Camaradas negros, formad alternativamente con los ingleses, en hermosos grupos de color: la palidez anglosajona dará todavía mayor realce a vuestra tez olivácea... Alumnos de las escuelas superiores, a la izquierda: se os han asignado tres ancianas y tres viejecitos del sindicato de centenarios. Ellos completarán las explicaciones de los profesores con sus relatos de testigos oculares. (En ómnibus, entran ancianas y viejecitos).

Viejecito 1º: Como si fuera hoy, recuerdo...

Anciana 1º: No... ¡Yo recuerdo como si fuera hoy!

Anciana 2º: Ustedes recordarán como si fuera hoy, pero yo recuerdo como si fuera antes.

Viejecito 2º: Pero yo recuerdo hoy como si fuera antes.

Anciana 3º: Pues yo recuerdo como antes todavía, como mucho, mucho antes.

Viejecito 3º: Pero yo recuerdo, y como es ahora, y como era antes.

Organizador: ¡Silencio, testigos oculares, déjense de cecear!... ¡Apártense, camaradas! ¡Paso a la niñez! ¡Aquí, camaradas! ¡Rápido! ¡Más rápido!

Coro de niños (se adelantan en columna, mientras cantan):

¡Formidable,

aprendemos
hasta la última jota!
Mas también
sabemos
pasear,
y se nota.
Las equis,
las y griegas,
nos ocupaban
antes.
¡Venimos
a ver las fieras,
y también
elefantes!
Aquí,
a mirar los tigres,
y el pueblo
aquí reunido,
en plena
zoología,
¡Venimos!
¡Venimos!
¡Venimos!

Organizador: los ciudadanos que deseen dar un gusto a los animales expuestos, o bien servirse de ellos con fines de estudio, tengan a bien adquirir las dosis adecuadas de productos exóticos y el instrumento científico únicamente a los empleados oficiales del Zoológico. El diletantismo y la hipérbole, según la dosis, pueden ser mortales. Rogamos se sirvan únicamente de estos productos e instrumentos distribuidos por el instituto médico central y los laboratorios municipales de mecánica exacta. (Por el jardín y por la escena desfilan los empleados del Jardín Zoológico).

Empleado 1°:
Estudiar a ojo

las bacterias,
 ¡qué impertinencia!
¡Camaradas,
 tomad
 microscopios y lentes!
Empleado 2°:
Tener
 nos aconseja
 el doctor Tobolquín,
contra escupitajos,
 licor fenólico.
Empleado 3°:
¡Dar pasto a las fieras
 se graba en la retina!
¡Traed buenas dosis
 de alcohol y nicotina!
Empleado 4°:
Con alcohol, estas bestias
 no temen al idiotismo.
inflamación de hígado,
 tampoco un reumatismo.
Empleado 5°:
Punta de fuego,
 en buenas dosis,
garantiza
 ciento
 por ciento
 de esclerosis.
Empleado 6°:
Alzad
 las orejas
 con gran atención:
los audífonos
 atajan

toda mala expresión.

Organizador (despeje el acceso a la tribuna del Consejo municipal):
El camarada presidente y sus colaboradores inmediatos suspendieron sus importantísimas tareas y, al son de la antigua marcha del Estado, llegan a nuestra solemnidad. ¡Saludemos a tan caros camaradas! (Todos aplauden; desfila un grupo con carteras bajo el brazo, que se inclinan solemnemente y cantan).

Todos:

El tiempo burocrático
no nos hizo selváticos.
Para el trabajo... hay horas:
para reír...
¡una sola!
¡Salud, es la ciudad,
oh, bravos cazadores.
quien os habla... pues somos
sus padres
fundadores!

Presidente: (sube a la tribuna, agita una bandera: todos hacen silencio); Camaradas: declaro abierta la ceremonia. Vivimos años preñados de hondas agitaciones y experiencias de carácter interior. Los acontecimientos exteriores son escasos. La humanidad, extenuada por los acontecimientos, hasta diríamos que se solaza con esta paz relativa. Ello no obstante, jamás renunciamos a un espectáculo que, en sus contornos mágicos, esconde bajo su irisado plumaje un profundo sentido científico. Casos dolorosos se han dado en nuestra ciudad, que surgieron como resultado de que, imprudentemente, se permitiera en ella la permanencia de dos parásitos, casos éstos que se eliminaron gracias a todas mis fuerzas y a las fuerzas de la medicina mundial. Tales casos, empero, surgidos al calor de un débil recuerdo de lo pasado, subrayan el espanto de una época superada; ¡que ellos nos recuerden la poderosa y esforzada lucha cultural de la humanidad trabajadora! ¡Que las almas y los corazones de nuestra juventud se forjen en el horror a tan siniestros ejemplos! En el momento de

otorgarle el uso de la palabra, me es imposible no señalar con agradecimiento la gloriosa acción de nuestro director, que supo adivinar el sentido de estos misteriosos fenómenos y transformar cosas tan perniciosas en divertido y alegre pasatiempo. ¡Hurra! (Todos gritan: - ¡Hurra!.-, la banda de música toca una fanfarria, mientras el Director del Zoológico se encarama a la tribuna, saludando hacia todos lados).

Director: ¡Camaradas! Vuestra atención me alegra y me confunde al mismo tiempo. Sin olvidar la parte que me tocó en suerte, no puedo, sin embargo, dejar de expresar mi gratitud a los abnegados colaboradores del sindicato de cazadores, que fueron los verdaderos héroes de la cacería; agradezco, también, al respetable Profesor del Instituto de Resurrecciones, vencedores en su lucha contra una muerte congelante. A pesar de todo, no puedo dejar de señalar que el primer error del respetable Profesor fue causa indirecta de las desgracias que todos conocemos. Juzgando por los signos externos y miméticos -callos, indumentaria y demás-, el respetable Profesor dedujo la errónea conclusión de que el mamífero pertenecía a la especie "homo sapiens", y dentro de su categoría más elevada... la clase obrera. No atribuyo mi éxito, exclusivamente, a que he estudiado durante largo tiempo a los animales y me he familiarizado con su psicología. También la casualidad vino en mi ayuda. Una esperanza, nebulosa y subconsciente, me dio ánimos: "Anda, escribe, divulga tu anuncio". Y así lo hice: "Partiendo de los principios del Zoológico, busco cuerpo humano vivo para servir de constante alimento, de habitación y ambiente a un insecto recién adquirido, que se desea desarrollar dentro de sus costumbres y condiciones normales".

Una voz entre la multitud: ¡Ay, qué espantoso!

Director: Comprendo que sea espantoso; yo mismo no creía en el fondo en semejante absurdo, pero, de pronto... ¡el sujeto apareció! Su apariencia exterior casi humana... En fin, casi como ustedes y como yo...

Presidente del Consejo (haciendo sonar una campanilla):
¡Camarada Director, tengo que llamarlo al orden!

Director: ¡Perdóneme, se lo ruego! la verdad es que, apoyándome en el interrogatorio y en la zoología comparada, he llegado, por fin, a la convicción de que tenemos que vérnoslas con un peligroso impostor antropomorfo, y que es el más sorprendente de los parásitos: No voy a entrar en detalles, puesto que ahora tendréis ante vuestros ojos la revelación, dentro de esta jaula, en todo sentido sorprendente. Ambos a dos... de disímiles medidas, pero aunados en su esencia: con la célebre "chinchis normalis" y... el "burguensis vulgaris". Ambos pasan su tiempo en fétidos colchones. La "chinchis normalis", después de engordar y emborracharse con la sangre de un solo individuo, cae debajo de la cama. El "burguensis vulgaris", después de engordar y emborracharse con la sangre de toda la humanidad, cae sobre la cama. ¡He aquí la única diferencia! Cuando la humanidad trabajadora de la revolución se agitaba y sacudía, rascándose sus inmundicias, ellos se construyeron sus nidos y casitas en esa misma inmundicia, pegaban a sus mujeres y juraban por Babel, para descansar y reposar después plácidamente a la sombra de unos breeches. Pero el "burguensis vulgaris" es el más temible. Con su portentoso mimetismo atrae a sus víctimas, ora fingiéndose poetastro a lo grillo, ora pajarito entonador de romanzas y serenatas. En aquellos tiempos, hasta su indumentaria era mimética -de un aire pajaril- con su esclavina, la cola de su frac y su blanquísima pechera almidonada. Semejantes aves construían sus nidos en los palcos de los teatros, se apiñaban en las encinas de las óperas, al son de la Internacional, frotaban rodilla contra rodilla en los ballets, se colgaban de ramitas de sus versos, peinaban a Tolstoi a semejanza de Marx, voceaban y chillaban en cantidades escandalosas y... perdonadme la expresión, pero a nosotros, los del campo científico, nos importan un rábano las cantidades que escapan a toda observación, como las pequeñas suciedades de los pájaros. ¡Camaradas! Por lo demás... ¡convenceos vosotros mismos! (A una señal suya, los empleados descubren la jaula; en el pedestal el cofrecillo de la chinche, y, detrás, una elevación con una amplia cama de matrimonio. En la cama yace Prisiipkin con su guitarra. Del techo de la jaula pende una lámpara de pantalla marilla. Encima de la cabeza de Prisiipkin una

coronita resplandeciente... un abanico de tarjetas postales. Por el suelo, en pie o volcadas, cantidad de grandes botellas. La jaula está rodeada de salvaderas. De sus paredes cuelgan carteles, y a los costados se ven filtros y ozonadores. Cartel I: "¡Cuidado, escupe!" Cartel II, "Se ruega no entrar sin previo aviso". Cartel III, "¡Cuidado con los oídos, el animal insulta". La música deja de tocar; luces de bengala, la muchedumbre estrecha filas y se acerca, muda de admiración).

En la calle Lunarcharski,
recuerdo la vieja casa...
¡con sus amplias escaleras,
su encortinada ventana!...

Director: Acercaos, camaradas, sin temor... es completamente manso. ¡Acercaos, acercaos! No os inquietéis: los cuatro filtros de los costados retienen sus groserías en el interior de la jaula; no salen al exterior más que unas pocas palabras enteramente decorosas. La limpieza cotidiana de los filtros está a cargo de empleados especializados, provistos de caretas antigás. Observadlo, ahora se dispone a cumplir la operación llamada "fumar".

Voz entre la muchedumbre: ¡Ay, qué espanto!

Director: No hay nada que temer... ahora cumplirá lo que se llama "inspirarse". Scripkin... ¡empine el codo! (Scripkin se lanza hacia una botella de vodka).

Voz entre la muchedumbre: ¡Ay, no es necesario, no es necesario, no martirice al pobre animal!

Director: Camaradas, no se trata de nada tan espantoso: ¡ya está domesticado! Mirad, ahora lo llevaré hasta la tribuna. (El Director se dirige a la jaula y, colocándose guantes y asegurándose de que lleva sus pistolas, abre la puerta, saca a Scripkin y lo conduce a la tribuna, volviéndose fuego hacia los invitados de honor). Y bien, díganos ahora algo conciso, como imitación de la expresión y el lenguaje del hombre.

Scripkin (se detiene obediente, carraspea, alza la guitarra y, súbitamente, se vuelve y lanza una mirada hacia el público de la sala.

Su cara se transforma, con una expresión de arrobamiento. Scripkin aparta al Director de un empujón, deja caer la guitarra y clama en dirección a la sala). ¡Ciudadanos! ¡Hermanos! ¡Los míos! ¡Consanguíneos! ¿De dónde han venido? ¿Cuántos son? ¿Cuándo los descongelaron a todos? ¿Por qué estoy yo solo en la jaula? ¡Hermanitos queridos, vengan a mí! ¿Para qué estoy padeciendo todo esto? ¡Ciudadanos!...

Voces de invitados:

- Los niños, llévense a los niños...
- Una mordaza... pónganle una mordaza...
- ¡Ay, qué espantoso!
- Profesor, ¡ponga término a esto!
- ¡Eh, no vaya a hacer fuego!

El Director, con un ventilador y seguido por dos empleados, saca a Scripkin a la rastra. El Director despeja el aire de la tribuna. Mientras la banda hace oír una fanfarria, los empleados corren las cortinas de la jaula.

Director: Perdón, camaradas... Perdón... El insecto está fatigado. El estrépito y la iluminación lo llevaron a un estado alucinatorio. Tranquilizaos. Aquí no ha pasado nada. Mañana volverá a estar tranquilo... En silencio, ciudadanos, dispersaos hasta mañana, ¡Música, march!

1928-1929